



La noche antes de que lleguen
Pablo no puede dormir:
sabe que algo va a pasar,
pero no está seguro qué.

Se levanta de noche,
Ester ronca en el quinto sueño,
busca en el cajón de la mesita,
desenrolla la tela que aún huele
a pelo de un animal de monte.

Apurado comprueba que en la caja de madera
Ester guarda:

una cadena,
una medalla,
unos sobres,
y, al fin, las escrituras.

Ya qué putas.
Coge la pala,
camina a campo abierto por la trocha,

veloz,
después silencio.

Apaga la linterna y piensa
mejor que nadie me vea.

Cuenta los pasos, cava un hueco
en el lugar exacto, y entierra.

Lo hace cuando todavía no amanece,
repite en su mente fueron trece



los pasos, trece,
uno y tres,
no es el mejor número,

mejor no decirle,
siempre es mejor no saber.



Intenta pensar con claridad
y mira desde la puerta el inicio del monte,
se hace tronar los dedos.

En realidad

era una nube
lo que se movía en el cielo
no era una señal:
una nube encima, gris,
relámpagos se veían mientras
se acercaba un colibrí manglero

y ella

habría que limpiar la maleza, dice,
amontonar las ramas a los lados, piensa,
amar las casas oscuras que son los montes,
los huesos que soportan lo mismo
que la noche soporta.



Pero en el monte
nunca es de día, se pregunta
por qué es tan oscuro
y hunde la mano en la funda.
Saca la peinilla y abre
de un tajazo
su camino: el monte.
Ya lo sabe
es oscuro porque los árboles tan altos
no dejan pasar la luz del sol.

El deseo bulloso de los insectos,
su gran determinación,
no deja dormir en el monte.
Hay madera, sí, mojada,
pero no sirve para hacer un fuego.
Ahorita no hay dónde
guindar el chinchorro.
Entonces mejor andar
si las piernas reclaman
olvidarse del cuerpo.



Dónde estará, piensa,
y el primer día abre los ojos.
Se imagina que Pablo
se escondió entre las hojas,
imagina su cuerpo que corre por el monte
descosido de dolor.

No.

Más bien,
algo se le atravesó en el camino,
se aburrió y se puso a tirar al cielo
distintos tipos de piedras
que son entonces cuando caen
el rumor de río que ella escucha.

Atraviesa la explanada, ve entonces
una silueta que se pierde
en un celaje de monte.

¡Oiga!, le grita.

Y la mujer se le acerca dudosa
lleva de la mano una niña.

Donde había un susurro, luego, clara, la voz:
Me lo hicieron con un cuchillo, dice la mujer
y señala una marca en el brazo.

También me hicieron cosas
que no puedo decir.

Andan de día. A la niña
no le gusta mucho hablar.
De noche buscan en el cielo la cruz del sur,
igual nadie puede dormir.



En la mata
no hay tiempo para estar triste, piensa
con los ojos inyectados de sueño,
las palmas de las manos húmedas,
las líneas en las palmas rojas.

Hay que buscar dónde dormir la niña.

Como aguacero, de repente,
llegan las preguntas, por ejemplo:
¿habrá sido lo que oí y no quiero?
¿debí mejor esperarlo?

El monte a los animales olvida,
la lluvia cuando arrecia
se come las preguntas.

